

JAIME LABASTIDA: EL POETA DE LAS INTERROGANTES

Mariapia Lamberti

Universidad Nacional Autónoma de México, México

Jaime Labastida (Los Mochis, Sinaloa, 1939) ha sido y es un personaje eminente en el ámbito cultural de México. Profesor de Filosofía, ha recibido título *ad honorem* por varias universidades de México, y ha merecido condecoraciones y reconocimientos internacionales como el de Francia (Chevalier des Arts y Lettres) y Alemania (Cruz al Mérito). Ha sido miembro fundador de instituciones académicas mexicanas (El Colegio de Sinaloa, el Seminario de Problemas Científicos y Filosóficos). Ha sido hasta tiempos recientes director de la Academia Mexicana de la Lengua, siendo miembro correspondiente de la Real Academia Española, de la Norteamericana y de la Cubana. Ha dirigido y dirige una de las editoriales de más prestigio de México, Siglo XXI; y por su labor ha recibido el premio “Juan Pablos” (el nombre del primer editor de la Nueva España) al Mérito Editorial. Esta notable personalidad y estos reconocimientos múltiples a su presencia en el mundo cultural, han hecho pasar en segundo término, cuando se nombra a Jaime Labastida, el hecho de que se trata de uno de los grandes poetas de México del siglo XX-XXI.

Labastida es un poeta de amplio aliento: sus poemas son extensos y en ocasiones han sido realmente dignos de este nombre: poema, por su longitud y complejidad. A veces sus publicaciones no han sido reuniones de varias composiciones breves o independientes temáticamente, como los poemarios acostumbrados, sino se constituyen de una sola unidad coherente, aunque dividida en varios cantos. Me refiero por ejemplo a *Elogios de la luz y de la sombra* (1999) que se compone de ocho de estos llamados “elogios” (de la Sombra, de la Penumbra, de la Oscuridad, de la Tiniebla, de la Luz, del Resplandor, del Radiante Mediodía, de la Claridad) con la misma estructura métrica, una temática no semejante pero análoga en cada fragmento: inquietudes humanas existenciales; y un *leit-motiv* recurrente en el cierre de todas estas partes, como veremos, como un hilo conductor que les da unidad; una dinámica esta, de unos versos o conceptos repetidos al final de cada apartado de un poema, como refranes o *leit-motiv*, que es típica de este autor. También se conjugan las partes en un todo orgánico en *En el centro del año* (2012) compuesto de tres fragmentos amplios, reflexivos, con la misma estructura métrica versal, armónica pero de amplio respiro y número de sílabas (“En el solsticio de invierno”; “En el solsticio de junio”; “En el centro del año”) y dos breves composiciones intermedias de nueve y de diez versos en los intervalos (“El equinoccio de marzo”; “El equinoccio de otoño”). En algunos casos, poemas de nombre propio, pertenecen a partes con subtítulos del poemario principal, que determinan la intención o la temática.

Pero también las composiciones que configuran sus poemarios menos unitarios a menudo son extensas, son poemas que estimulan a la reflexión, que se dirigen a todos nosotros como seres humanos; no son arrebatos del alma en los que, sí, podemos identificarnos, pero solo si las circunstancias que determinan el desahogo lírico del poeta coinciden con las nuestras individuales. No; no encontramos a Petrarca en su poesía.

Se le ha denominado poeta filosófico, o más bien poeta-filósofo: pero aquí también encontramos una característica importante: Labastida no teoriza, no da soluciones. Presenta, en sus poemas, las angustias y las dudas. Es el poeta de las interrogantes:

¿De dónde brota el sueño? ¿Qué fuente
de oscura y larga sangre le da vida?
[...]
¿En qué tierra de óxido caminan
las mujeres de espuma?
¿En dónde están los once ríos
que bajan hacia el mar?
¿Están en un rincón
de la memoria?
(“Sueños”, *Dominio de la tarde*, 1991, p. 383¹)

¿Vuelve otra vez el colibrí,
el ave prodigiosa que desdenea
las leyes y funda el equilibrio?
¿Vuelve el águila con sus alas de amaranto
el Sol que nace, voraz y carnicero?
¿Dónde queda el amor
dónde la tumba atroz del horizonte?
(“Tres aves y tres bestias”, 1, *La sal me sabría a polvo*, 2009,
II CREPÚSCULO, p. 427²)

Y hay que notar que los primeros versos de este fragmento podrían bien leerse (y acaso así lo haría otro poeta) como afirmaciones, no como preguntas. Y en esto, en toda su poesía, se ve cómo el poeta, este poeta de los interrogantes, percibe en cada momento y en cada objeto el misterio y la inquietud.

Son citas fragmentarias, que no dan idea cumplida del poema y su temática, porque a este poeta de largo respiro no se le puede citar más que en fragmentos. Y en sus poemas, repito, encontramos siempre preguntas, y hay algunos textos que se componen casi únicamente de preguntas; pero no encontramos respuestas: son las perennes interrogantes del hombre, son la medida en que el hombre solo puede ponerse preguntas, desde el abrirse de una flor hasta su vida y su muerte. No encontramos a menudo la vida cotidiana, la ciudad; solo en un inicial poemario de 1965, *La feroz alegría*, hay un apartado dedicado a la ciudad, CIUDAD CON ÁLAMOS DE POLVOS con ocho poemas que revelan la angustia que la ciudad impone a sus habitantes. Describe la ciudad con metáforas eróticas, no en forma directa:

Terca eres, ciudad que obligas
a mi garganta inválida a tu canto.
Y quiero, después de amarte,
después que me destruya al construirte,
que un diminuto sol instale su órbita en mi cuarto.
(“Anatomía de la ciudad”, *La feroz alegría*, 1965,
II, CIUDAD CON ÁLAMOS DE POLVO, pp. 59-60)

No, aunque aparezca a veces, no es la ciudad su tema, sino a menudo el mar, los árboles, los pájaros, las fieras, y las rocas: la naturaleza perenne, y en ella el misterio de la existencia y la historia del hombre. La naturaleza motiva las constantes preguntas, tan sin respuesta como las que motivan la

¹ En el mes de octubre de 2019 salió la edición de las obras completas de Jaime Labastida, por la Universidad de Sinaloa, con el nombre de *Animal de silencios (1958-2018)*. Los poemas están divididos según su pertenencia inicial en los diferentes poemarios, ordenados cronológicamente con sus títulos y año de publicación. En las citas, nos referiremos a estas publicaciones iniciales (algunas de las cuales hemos consultado para este estudio antes de la edición completa), pero señalando la página en que se encuentran en la edición global.

² Los libros de Labastida se subdividen en varias partes que tienen sus títulos. Señalamos en cursiva el título global de la publicación, pero estas partes internas en versales, como vienen en el original, con el número romano de su orden de colocación en el poemario. Los poemas a veces tienen título propio, que se reporta, y a veces solo un número, que se inserta al final, después del título del apartado correspondiente. A su vez, muchos poemas tienen varias partes numeradas, y esto también se señala, como en este caso.

vida y la muerte.

Esta reflexión le nace al contemplar, probablemente en un museo de ciencias, un fragmento fósil de un ser vivido seiscientos mil años antes:

La naturaleza obra por reverencias,
aun cuando destruya. Hombre, pájaro,
cristal, no importa, hormiga, se derrumban
un día, quizá este mismo día en que contemplo
la boca equivocada de la muerte, la punzante
ceniza, la mandíbula izquierda, la hemiplejía
que canta sin saber por qué.

(“Diálogo del parto y la vejez”, *De las cuatro estaciones*, 1981,
III, DONACIÓN DE PAZ, p. 301)

Pero, en el poema inmediatamente siguiente hay una angustiosa visión de la vida humana: “¿Podremos dar acaso lo que somos? / ¿jamás?” (p. 303) es la pregunta inicial, dirigida a nosotros. Y la visión final está revertida hacia sí mismo, pero por eso mismo concierne a toda la humanidad:

Soy una brisa que abrasa el centro
del espanto. Todo cuanto te he dado
pasará, como nosotros mismos. Y la sombra,
la sombra sólo, la sombra enorme
húmeda, la ceniza tediosa
quedará en el cielo, como una cegadora,
abierta herida en la piel de la luz.

(“Sombras”, *De las cuatro estaciones*, 1981,
III, DONACIÓN DE PAZ, p. 304)

Labastida se ha dedicado a la poesía desde los años 60, y en su producción temprana se encuentran temas que se refieren a los acontecimientos más significativos de aquellos años, como la guerra en Vietnam. En un poemario de 1975, *Obsesiones con un tema obligado*, repartido en tres sectores (HUMEDAD EN EL FUEGO, HOMENAJES, UN ASTRO ESTRÉPITO) hay en el sector central, HOMENAJES, un largo poema con una estructura que se repetirá en otras ocasiones: fragmentos en prosa que reportan noticias de prensa, y comentarios en verso, en estos versos sin medida tradicional pero armónicos y musicales, que subrayan no solo la reacción humana y moral, sino las angustias que estas notas suscitan. “No sólo fotos (homenaje a Ho Chi Min)” es una composición que abarca varias páginas (pp. 222-227) y que hay que leer y reflexionar por entero. Pero hay unos versos que reportan la emoción de todos los que hemos visto y recordamos. “*He visto tantas fotos...*” inicia el fragmento (y mantenemos las cursivas del texto que distinguen las partes dedicadas al recuerdo). Y nosotros también las vimos. Como estas que describe más adelante en el mismo poema:

... ¿Recuerdas
Al bonzo convertido en jacaranda
seca? ¿A la niña desnuda que corría
–¿a dónde, así, quemada, aullante? –
por la carretera? Toda ella
una lágrima.
[...]
¿Recuerdas al general que disparó,
en pleno Saigón, ante las cámaras
de los corresponsales extranjeros
a la sien del prisionero maniatado?
¿Recuerdas? ¿Recuerdas? ¿Recuerdas?
(pp. 224-225)

Y sí, todos los que hemos visto estos horrores recordamos, y los que menciona más adelante. Pero ahora adquieren dimensión espiritual por la poesía.

En el mismo poemario, pero en la tercera parte, hay con este mismo formato de prosa rítmica-verso una reflexión sobre las tragedias de nuestros tiempos y de todos:

La televisión pone ahora en nuestras
manos las imágenes frescas: el desastre
de Honduras, el proceso de Sócrates,
el día en que el cielo cayó, abatido
de amor, sobre la tierra: el huracán
de nombre Venus que entró en Campeche,
aviones insistentes en Vietnam, cadáveres
anónimos pudriéndose en el lodo, un gol
de Holanda en la Copa del Mundo, la gran
muralla, el lago de Texcoco, la peste que ha caído
como una espada blanca sobre la ciudad.
Tebas, 13 de agosto (servicios especiales).
El Tirano Edipo se ha arrancado los ojos.
El cielo tiene color áspero.
El Tirano atravesó ya los muros de la ciudad.
En las paredes hay manchas imborrables.
("Hombres de ciudades I (contra Horacio)",
Obsesiones con un tema obligado (1975), III, UN ASTRO ESTRÉPITO. p. 241)

Los tiempos se hermanan, se sobreponen, los episodios trascendentes y violentos, los personajes eternos se mezclan con el entretenimiento de un día, con aquel gol de Holanda que sorprendió por un instante al mundo.

Y en este mismo poema, unos versos que sintetizan toda su relación-conflicto con la ciudad, síntesis de la ubicación del hombre de hoy –y de siempre– en un mundo desnaturalizado, lugar de todas las violencias y las insensateces que el poema rememora:

La ciudad está en mí. La ciudad que me borra
y me escribe y se arma de dientes y me pide
que beba estos tragos amargos, perfumados
de muerte. Acato su sentencia.
(p. 243)

Mas unos versos más abajo, después de un fragmento que sugiere una victoria griega, pero reportada en el estilo de la prensa hodierna, aclara: "Acatar la sentencia significa morir". Como lo hizo –y lo dijo– Sócrates.

Porque no hay que ser filósofo para saber, comprobar, percibir que todo escurre y se mezcla como el agua del mar y de los ríos, principalmente nuestra vida destinada al ocaso. El hombre no es que una parte del universo material, sujeto a los mismos altibajos, fruto y causante de más materia perecedera:

Y así me desarrollo, de la simiente
al árbol, del árbol a la hoguera,
del humo a la caída desgracia
de una estrella y de la luz de ésta
a los opacos espacios de la noche.
(*A la intemperie*, 1970, I, A LA INTEMPERIE, n. 8, p. 113)

Es este un significativo fragmento del primer apartado de un libro con 10 apartados con sus títulos, que se componen de varios poemas sin título propio (menos el apartado 10 que comprende un solo poema), sino solo números. Este apartado primero tiene el mismo título del libro completo, A LA INTEMPERIE, y se compone de 9 fragmentos internos. En este fragmento citado, la inquietud del misterioso porqué de las cosas y de nuestra existencia, se manifiesta con la contemplación de lo que nos parece más inmutable o perenne. En este mismo poemario, Labastida inserta un largo texto poético que subdivide en cuatro partes distintas, pero que se identifican más bien como cuatro estrofas de un

mismo poema, para la muerte de un amigo. Es el cuarto apartado, que se titula propiamente ELEGÍA, que así termina (y citamos completo su cuarto fragmento):

No quiero protestar, no puedo.
Así fue así será. *Dichoso el árbol.*
Pero saber a dónde vamos,
oscurecer los ojos porque sabemos
que de nada venimos, porque de todo
adquiero mi linaje, persigo una luciérnaga;
porque de todos modos engendro
carne, como tú, para la muerte,
gozo y equilibrio de vivir
quebrándose en las rocas
y luces epiteliales que obstruyen a la muerte
para darme capacidad de amar y de vivir
feliz en la total desesperanza.

(*A la intemperie*, ELEGÍA PARA SALVADOR MARTÍNEZ ESTRADA, n. 4, p. 140)

La conciencia de la precariedad inexplicable de la existencia no excluye los instantes de felicidad, no excluye el amor, que se encuentra presente en toda la poesía de Labastida, mezclado con las reflexiones, con las angustias, con la contemplación perenne de la luz y de la sombra, las metáforas siempre presentes de la existencia humana. Pero Petrarca ha muerto. La amada tiene un cuerpo; pero no por esto el amor deja de alcanzar la sublimidad:

La luz queda enlodada en la zarza
y la niebla. Ciego de luz, observo sólo
esta nada deshecha por los dedos
de la oscuridad y del llanto. En la noche
que se aclara distingo algo turbio.
El seno de la amada resplandece en el momento
en que penetro en la casa del poniente:
eres el mar, soy la soledad
que entra en tu corazón. [...]

(“Luz”, *Obsesiones con un tema obligado*, 1975,
I, HUMEDAD EN EL FUEGO, p. 199)

Y más adelante, en el poema siguiente:

...Hoy he tocado tu corazón,
como una gota de ámbar o milagro obstinado.
Hoy he tocado tu corazón en las fronteras
de tus ojos y lo he oído latir tranquilamente,
con la mansedumbre del agua que bulle dormida.

(“En el centro del año”, *Obsesiones con un tema obligado*, 1975,
I, HUMEDAD EN EL FUEGO, p. 201)

Pero en varios poemas la mención del cuerpo es más explícita, aunque siempre sublimada, siempre espiritualizada:

Creyente sólo en lo que toco, yo te toco
Mujer, hasta la entraña, el hueso,
Aquello que oros llaman alma, tan unida,
Tan cerca de la carne mortal y voluptuosa
O siempre ardiente o nunca maltratada
Sino dulce, oscilante entre querer
Y subir, adentro de la espuma.

(“Piel”, *De las cuatro estaciones*,
III DONACIÓN DE PAZ, p. 296)

Petrarca ha muerto, pero la amada sigue estando fuera del alcance, de la posibilidad de ser apresada por el amante, que ahora siente que las palabras, las palabras de las que él es dueño, no pueden describir o sea delimitar a la mujer:

¿Cómo decir
Con solo un nombre las siete especies
de mujer que tú eres? Seis, siete voces
Por la llama que fuiste; diez doce
Nombres por el mar que serás.
[...]
¿Para qué destruirte con una voz entonces,
para qué encerrarte en un sarcófago sonoro?
(“Aguja en el pajar”, *Obsesiones con un tema obligado*, 1975,
I, HUMEDAD EN EL FUEGO, p. 211)

Y en otro lugar, en un pasaje de un amplio poema ya citado, en diez partes sin títulos, llenas de interrogantes:

De qué manera impura traduce un sustantivo
la negra luz de tu cabello? La alegría
que me das es tan sólo alegría, no es
palabra. ¿Debo quitar el velo
que la cubre, transformarla en sonido?
El canto ya recibe hospedaje en mi boca.
Es una gracia cierta, un don inmenso.
Yo debo traducir desde el silencio,
el oscuro sentido de las cosas.
Pero es más fuerte la ceniza,
es más fuerte el silencio.
(“Sueños”, *Dominio de la tarde*, 1991, p. 393)

Ni la poesía puede con el encanto misterioso que representa la mujer para el hombre. Petrarca ha muerto, y la amada emerge de la naturaleza, la misma naturaleza que es fuente de inquietud y de angustia para el hombre que no logra explicar la existencia. No es un poema entero lo que vamos a presentar, es una primera estrofa de un poema más amplio, como hemos visto que es típico de este poeta que quiere que su lector lo siga en su camino en el laberinto de lo existente. Pero es como si fuera, esta estrofa aislada, un poema de amor de una delicadeza extrema y absolutamente original:

El viaje contra el sol
anula el tiempo. Nada puede
la noche, nada incluso la luz
con su cuerpo meteórico y su pie
leve, airado, que tropieza veloz
en hoyos tristes. Es más fuerte
la flecha tensa que va hacia ti,
la risa azul en la ventana abierta,
el huracán de sobra derrotado,
la ternura que destruye
el furor del verano, la gota
de agua, frágil que reposa
y perece un minuto en la hoja seca,
la hoguera cierta de tu cuerpo
que desplaza al verano obstinado.
La muerte entraba a saco
por mis poros abiertos
y tú la has detenido
con un trino de soles.
(“Huracán derrotado”, *De las cuatro estaciones*, 1981,
III, DONACIÓN DE PAZ, p. 307)

La naturaleza domina: la noche, la luz, el sol el viento, hasta la gota de agua que antes de evaporarse refresca una hoja muerta. Pero la mujer aparece, de sesgo, con aquella alusión “hacia tí” cuando se menciona la flecha (¿de luz?) que entra en la ventana; y con la mención del cuerpo de la amada, más fuerte que el calor del verano. Pero su presencia se vuelve concreta e ilumina todo el poema con la imagen que lo cierra. Y lo ponemos definir poema, aunque sea solo una estrofa, precisamente por esta imagen de cierre.

Y hay algo que se tiene que mencionar, y que hace difícil escoger una cita relativa al amor. En todo el poemario, en todos los años el amor se manifiesta y se cita, en los diferentes contextos, con el erotismo y la delicadeza que hemos mencionado. Y suena, se percibe, como un amor único, un amor a través de los años, desde los primeros poemarios en que se canta el enamoramiento, a los últimos donde se recuerda la felicidad, un amor que da hijos, un amor conyugal. Nos recordamos a Miguel Hernández en España, a Umberto Saba en Italia, de los pocos poetas que cantaron el amor conyugal.

Pero acerquémonos a sus composiciones más recientes, a aquellos dos poemarios estructurados como un todo único.

El primero que nos interesó, y primero en orden de tiempo (1999) se llama *Elogios de la luz y de la sombra*: los dos elementos como se ha visto que más que metaforizar describen la vida y las inquietudes del hombre.

La estructura de este libro, que como hemos visto se articula en ocho “elogios”, es singular e inquietante. La estructura versal es singular: las frases son largas, armónicamente ritmadas, sin alternancias de medidas; pero en estos versos extendidos no se reconoce la prosa, sino una escansión que se acopla al discurso y lo subraya. Se reparte cada uno de los “elogios” en varias partes, de tres a ocho, de diferente longitud. Pero cada elogio termina con un *leit-motiv* que da unidad al conjunto: el poeta se propone, al final de cada reflexión poética, como se dice en el primer elogio, el de la sombra, ser un hombre justo:

Mi vida entera ¿se puede condensar en una frase: habré
logrado ser tan solo, un hombre justo? [...]³
 (“Otro elogio de la sombra”,
Elogios de la luz y de la sombra, 1999-2009, p. 411)

y se repetirá esta frase con variantes en los versos finales los otros elogios.

Cada una de las ocho partes recorre las inquietudes que ya hemos percibido en los libros anteriores; pero el número de las preguntas aumenta. Así empieza el segundo elogio, el de la penumbra:

Entonces me digo ahora, ¿es tiempo de volver la vista
atrás? ¿Ha llegado el momento de mirar todas las obras,
en ruina ya, en penumbra los húmedos elementos
de mi casa, llagados y en el aire? ¿Qué es la verdad?
¿Trazaré una línea perfecta sobre el pulcro papel? ¿Así
estarán dispuestas las coordenadas ciertas de mi sangre?
El mundo ¿se apoya sólo en el azar? [...]³
 (“Elogio de la penumbra”, p. 412)

³ En la versión final de las obras completas, estos poemas de elogio se presentan en la página alineados a la derecha. El inicio y fin de los versos es otro de la edición original. Nos remitimos a esta última forma, pero alineando a la izquierda.

¿Qué es la verdad? (*Quid est veritas?*) Es la pregunta más angustiosa, la pregunta que queda sin respuesta hasta en el Evangelio.⁴ Y todo el largo poema se articula en preguntas sin respuesta. Leemos solo un poco adelante:

La química y la astronomía, ¿qué son? ¿Figuras
por las que el universo quiere que lo piense? Si al árbol
es normal producir frutos, igual que al reloj producir
el ruido atroz de los minutos, ¿qué resta aquí? ¿Sólo
el amor en mitad del camino de la vida? [...]
(“Elogio de la penumbra”, pp. 413-414)

Es la única centella de esperanza, la mención del amor. Pero habrá también al final de todo el poema la alusión al último don de Pandora. Y la cita dantesca se retoma más adelante, en el final del penúltimo último elogio, el del resplandor:

Por eso, me pregunto, cuando estoy a la mitad
del camino que atraviesa la selva oscura de la vida, yo,
que sé cuánto ha sido generosa la vida conmigo
(me ha dado amor, hijos, salud en abundancia, y aun así,
ni puedo ni debo llamarme feliz) ¿podré llegar a ser, tan
sólo, un hombre justo?
(“Elogio del resplandor”, p. 436)

Preguntas y más preguntas, cuestionamientos de los elementos que configuran nuestra vida, y que configuran un poema sin igual. Y así empieza el último elogio, el de la claridad: “Hago demasiadas preguntas en mitad de la noche /y no tienen respuesta” (p. 442). Es la síntesis de toda su poesía; una poesía que hay que leer por completo, porque los fragmentos que citamos no hacen justicia a la intensidad de esta poesía, que se aprecia solo en la lectura extensa.

Hay un último cuestionamiento que es importante relevar. El del poder de la palabra. En el “Elogio del radiante mediodía” hay un fragmento central de 14 versos, aquellos versos extendidos que forman la música del poema, que exalta la palabra: “Y sin embargo, nada hay más hermoso para el humano/ oído que la palabra”. Así empieza y luego hay comparaciones con todos los sonidos más hermosos de la naturaleza (el cenizote) o del arte (el cello). Pero “nada en el universo se compara al deleite que nos/ da la palabra, tanto la voz que va por el aire como/ la que se coagula, escrita, música pura y viva cuando/ escucho con mis ojos a los muertos” (p. 439). Sí, estas últimas son palabras de Quevedo, pero que cobran una dimensión nueva en la intertextualidad de este poeta moderno. Porque el hombre es palabra, el hombre se debe a la palabra, y el poema más extenso dedicado a la palabra, “Voces”, así termina, y es el cierre que escogimos para esta visión forzosamente limitada de este poeta sin límites:

Lengua y palabra somos, preguntas
Encendidas, respuestas a veces,
aire que mueve un árbol,
pájaros ciegos en un bosque
extraño, recuerdos largos de la especie,
voces llenas de sangre,
cantos que rompen el inmenso
silencio blanco de la noche.
Una luz que se apaga, un rescoldo
contra la brasa cruel de las estrellas.
Valió la pena vivir este minuto.
Alegría. Moriremos.
(“Voces”, *Dominio de la tarde*, 1991, p. 342).

⁴ Pilatos le hace esta pregunta a Cristo, durante su juicio, y no se registra ninguna respuesta. La pregunta queda en el vacío (Juan, 18, 38).

Bibliografía

LABASTIDA, Jaime (2019): *Animal de silencios (1958-2018)*. Culiacán: Universidad Autónoma de Sinaloa.

— (1986): *Plenitud del tiempo* (Antología). México: Siglo XXI.

— (1991): *Dominio de la tarde*. México: Siglo XXI.

— (1999): *Elogios de la luz y de la sombra*. México: Aldus.

— (2012): *En el centro del año*. México: Siglo XXI.